



## CAPÍTULO XI

1807.—1808.—Entrada de Junot en Portugal: perfidia alevosa con que los franceses se apoderan de las fortalezas de Pamplona, Barcelona y Figueras: la corte les entrega San Sebastian: juicio de la conducta de Napoleon: justificacion que envia á Carlos IV por Izquierdo y planes que declara: cambio que producen en Godoy y el monarca: instrucciones con que vuelve Izquierdo á Francia: carta de Godoy al emperador, enviada y recogida sin llegar á su poder, sobre la cesion de las provincias fronterizas.

Introducidos en España los ejércitos de Napoleon, tomaron el camino de Portugal por Búrgos, Valladolid y Salamanca, saliendo á recibirlos obsequioso en todas partes el pueblo, ansioso de conocer aquellos soldados que tantos prodigios habian realizado en Europa. El gobierno español, no esperando su entrada antes de que estuviese firmado el tratado de Fontainebleau, tenía descuidado el acopio de víveres en el tránsito, y esto hubiera causado algun retraso en sus marchas, si Napoleon, impaciente de saber el éxito de su empresa, no hubiese apurado á Junot diciéndole que «veinte mil hombres pueden vivir por todas partes: aún en el desierto.»

El 19 de Noviembre, reunido con algunas fuerzas españolas al mando del general Carrafa, penetró en el vecino reino por frente á Castello-Branco sin resistencia, habiendo anunciado en una proclama desde Alcántara á los portugueses que el emperador lo enviaba solamente «para hacer causa comun con su muy amado soberano contra los tiranos de los mares, y para salvar su bella capital de la suerte de

Copenhague.» Mas al llegar á Abrantes, veinticinco leguas de Lisboa, su tono habia cambiado completamente, pues escribia al primer ministro del regente con esta franqueza insultante de soldado: «Dentro de cuatro dias estaré en Lisboa. Mis soldados sienten no haber tenido que disparar un solo tiro; procurad empero no dársela porque hariais muy mal en ello.»

La corte de Lisboa no supo hasta entonces la entrada de los enemigos en su territorio, entretenida en discutir intempestivamente cuál partido, ó mejor cuál dependencia le convendría adoptar, si la de la Francia ó la de Inglaterra, concluyendo por escoger el peor recurso, que era el de contemporar, hasta que tuvo aviso de la direccion que tomaban las tropas francesas de España. Entonces se declaró solemnemente contra la Gran Bretaña, publicando una proclama á sus pueblos que les prohibía todo tráfico con los súbditos de aquella potencia; y luego que supo la entrada de Junot en Portugal y su proximidad á Lisboa, creyó poder aplacar al emperador y conjurar la tempestad accediendo á todas sus exigencias, hasta el secuestro de

las mercaderías inglesas, que obligó al ministro británico Strangford, á pesar de la benignidad con que fué ejecutado, á retirarse á la escuadra de Sir Sidney Smith, que cruzaba sobre la embocadura del Tajo. Hizo más todavía la amedrentada corte portuguesa, y fué enviar al marqués de Marialva á Paris á ofrecer la mano del príncipe de Beira para una hija del gran duque de Berg, quizá como una garantía de la sinceridad de su adhesion al sistema continental.

Todo, empero, era tardío y tanto que la azorada corte de Lisboa no habia tenido tiempo de saber la llegada de su enviado especial á Francia, cuando se vió precisada á tomar una resolucion contraria. El embajador inglés, así que supo la llegada de Junot á Abrantes, volvió á tierra, hizo al regente generosos ofrecimientos á nombre de su país, y le aconsejó que pues le era ya forzoso abandonar por entonces el Portugal europeo, se retirase con la corona al Brasil, donde á todo evento podría constituir un reino poderoso. Parte del ministerio apoyó sus consejos, y quedó resuelta la partida.

Una junta de cinco personas fué nombrada como depositaria de la autoridad real, en ausencia del regente D. Juan, que abandonó su corte el dia 27 con toda su familia. Fué un dia de luto para el pueblo de Lisboa aquel en que vió alejarse por un tiempo indefinido á su buen príncipe y á su varonil esposa, rodeada de sus numerosos y tiernos hijos. Más de quince mil personas quisieron seguir la suerte de la real familia, que en medio de su amargura y desolacion, recogió en aquellos momentos de prueba el premio de su popularidad y sanas costumbres.

Por mucho que Junot apuró las marchas de las tropas, cuando llegó á dos leguas de Lisboa, se habian dado ya á la vela, y no le quedaban más que tomar posesion del trono y del reino que le abandonaban. El dia 30 de Noviembre habia sido por espacio de ciento sesenta y siete años un dia de orgullo y festividad nacional porque recordaba aquel en que Pinto Riveiro dió el grito de emancipacion de la tiranía de Castilla. Este año, ese mismo dia presenció la entrada de los franceses en Lisboa, y

lloró este pueblo un nuevo periodo de servidumbre. La tierra pareció querer compartir su dolor con un estremecimiento, que fué para el vulgo anuncio de terribles calamidades.

Y ciertamente no las presintió en vano. La junta fué al pronto respetada sin más alteracion que la introduccion de un miembro francés en la junta con objeto de fiscalizarla y hacer saber la voluntad del emperador, única que Junot hizo cumplir desde el primer dia. Exigió primeramente al comercio, á titulo de empréstito forzoso, un impuesto de dos millones de cruzados; despues indicó su pensamiento mandando enarbolar la bandera francesa en el arsenal; y con, cluyó de declararlo el dia 15 en una gran revista á sus tropas, que terminó haciendo levantarla tambien en el castillo, siendo saludada por todos los fuertes con veinticinco cañonazos: acto de soberanía para nadie desconocido. Si en vez de prelados que aconsejasen la sumision al nuevo gobierno, el pundonoroso pueblo portugués hubiera tenido un alma audaz y generosa que se pusiese é su cabeza én aquel instante probable que el rumor de indignacion que causó en la muchedumbre aquel insulto, habria sido la señal de una sangrienta refriega. Abandonado á sí propio, la vista de un soldado de la policia portuguesa que conducian presos unos franceses aquella tarde, bastó para que estallara un tumulto con objeto de arrancárselo, que sólo produjo algunas desgracias y un ostentoso aparato de fuerza, al dia siguiente, de parte de Junot.

Las divisiones españolas de Extremadura y Galicia habian penetrado tambien á són de guerra; pero bien se conocia en su atento y generoso porte con los moradores del tránsito, contrastando vivamente con el de las tropas francesas, dadas al pillaje y la violencia, que los acompañaban como á su pesar á imponer el yugo extranjero á aquel pueblo hermano. Uno de sus historiadores dice de Taranco: «el nombre de este general será pronunciado con eterno agradecimiento por los naturales, testigos de su dulzura é integridad, tan sincero en sus promesas como Junot pérfido y falaz en las suyas.»

En tanto que por medio de este general rea-





lizaba Napoleon una parte del tratado de San Ildefonso, él por sí mismo ejecutaba otra parte en Italia. Libre de los cuidados en que le puso el proceso del Escorial, salió de Francia á incorporar á ella el reino de Etruria. La iniquidad resaltó más en este hecho por las circunstancias con que se llevó á efecto. El rey habia muerto, y gobernaba la viuda á nombre de su hijo, niño de tierna edad: los reyes de España, en quienes era obligacion advertirla del artículo en que habian consentido, nada le dijeran. Así fué que cuando el embajador francés se presentó á notificarle que se dispusiese á abandonar la corona y evacuar el reino, atónita y furiosa, no acertando á creer posible lo que se le ordenaba, se negó resueltamente, y fueron precisas las amenazas para que bajase del sòlio con su hijo y abandonase á Florencia (1.º de Diciembre). Fuése á Milan á ver á Napoleon, confiando que sus lágrimas le ablandarian; mas no consiguió sino aumentar su dolor, porque supo entonces con mayor asombro que, no sólo los reyes de España, sus padres, habian tenido conocimiento anticipado del despojo, sino que éste procedía de un acuerdo tomado con ellos, ó, como Napoleon le dijo, en virtud de un cambio hecho en su favor. Llena de justa indignación aquella madre, determinó venir á España, tal vez dudando de lo que se le decía, y emprendió el viaje á pesar de las instancias con que Bonaparte procuró detenerla en Italia, hasta que se hubiese sosegado el palacio de Madrid, revuelto por la causa del Escorial.

Hacen concebir estas instancias una sospecha que confirman otros indicios, y es: que Napoleon, á los dos meses de haber firmado el tratado de Fontanebleau pensaba ya no cumplir ninguna de sus estipulaciones. El indicio mas claro lo produjo la carta que le escribió Carlos IV dando su asentimiento al enlace que el príncipe de Asturias le habia antes pedido directamente. Napoleon brindó con él á su hermano Luciano para su hija, y al mismo tiempo le ofreció para él la corona de Portugal, que segun el tratado debiera partirse en tres pedazos. Lo que se proponía el agasajador era sin duda tener por este medio el dominio de la Península; pero Luciano, ó por poca fé en los

ofrecimientos de su hermano ó por el rigorismo republicano de que hacia ostentacion, rehusó el trono portugués, y aunque consintió en emparentar con los reyes de Castilla, á despecho de su hija, que manifestaba repugnancia á Fernando, este enlace no llegó á gestionarse formalmente por haber variado el emperador de plan respecto á España.

Las proposiciones que acabamos de referir no dejan duda de que entonces sólo pensaba en dominarla por más medios pacíficos, y sin embargo, le veremos luego preparar grandes ejércitos y derramarlos por sus provincias. Tal vacilacion sorprende seguramente en un genio como aquel, que hasta esta época habia demostrado tanta inflexibilidad de pensamiento como energía y rapidez de accion. ¿Será que, como antes hemos dicho, estuviese España destinada á derribar aquel coloso que habia construido su pedestal con las ruinas del resto de Europa? Hay una carta que disculparia esta supersticion; es la carta de instrucciones que el mismo Napoleon envió muy luego al general en jefe de sus ejércitos de la Península, Murat: «No creais, le dice, que vais á atacar un país inerme, y que os basta mostrar vuestros soldados para someter á España.... Teneis que habéroselas con un pueblo nuevo, que desplegará todo el brio y todo el entusiasmo de que están dotados los hombres por las pasiones políticas... La aristocracia y el clero son los dueños de España, y si llegan á temer por sus privilegios y por su existencia, harán contra nosotros levantamientos en masa que podrian eternizar la guerra. Yo tengo allí partidarios; pero si me presento como conquistador, los perderé todos... España tiene más de cien mil hombres sobre las armas, número más que suficiente para sostener con ventaja una guerra interior: divididos en muchas partes, pueden facilitar el levantamiento de la monarquía entera.... La Inglaterra no perderá esta ocasion de multiplicar nuestros obstáculos: ella da avisos incesantemente á las fuerzas que mantiene en las costas de Portugal y en el Mediterráneo, y se ocupa en engañar sicilianos y portugueses.... Mi opinion es que no debemos precipitarnos y que conviene aconsejarse de los acontecimientos....



Haced de modo que los españoles no puedan sospechar el partido por que yo me decidiré, cosa no difícil porque yo mismo no lo sé... Haced entender á la nobleza y al clero que, en el caso de intervenir la Francia en los negocios de España, serán respetados sus privilegios é inmunidades. Les direis que el emperador desea perfeccionar las instituciones políticas de España para ponerla en armonía con el estado de la civilizacion europea, y á fin de sustraerla al dominio de los favoritos.... Pintadles el estado de sosiego y prosperidad que goza la nacion francesa, á pesar de las guerras en que se ve empeñada por todas partes, y el esplendor de la religion, cuyo restablecimiento es debido al contrato que he celebrado con el papa.... El ejército evitará todo choque, ora sea con los cuerpos del ejército español, ora con las simples partidas; es preciso que no se queeme un solo cebo ni de una parte ni de otra.... Si llegara á encenderse la guerra, sería todo perdido. La política y las negociaciones son las únicas que deben decidir de los destinos de España.... ¿Cómo es que el hombre que tan bien conocia á la nacion española la acomete al fin espada en mano? ¿cómo es que el genio de Napoleon se ofusca y empequeñece al tocar los Pirineos? Lo ignoramos: lo que sabemos es que al genio á quien le falta pensamiento y plan, aquel que confiesa no saber qué partido tomar, y que espera á los acontecimientos para resolver y obrar, ha perdido ya la llama divina y no es más que un hombre cualquiera.

Decidido á emplear la fuerza, llamó á las armas adelantada la conscripcion de 1808 y formó dos ejércitos: uno en Bayona, que tituló segundo ejército de observacion de la Gironda, fuerte de veinticuatro mil infantes y tres mil quinientos caballos, que puso á las órdenes de Dupont, y otro de veintisiete mil setecientos hombres, los dos mil setecientos de caballería, á las órdenes de Moncey que reunia en Burdeos con el nombre de cuerpo de observacion de las costas del Océano. El primero entró en España el 22 de Diciembre violando el mismo tratado de Fontainebleau, en cuya virtud le era permitido, mas no sin el permiso que en él se estipulaba y hasta sin previo aviso á Carlos IV.

El segundo penetró de la misma manera pocos dias despues, el 9 de Enero de 1808, encaminándose por nuestras provincias de Castilla, cual si fueran pertenencia del emperador.

Llenó de asombro é inquietud á la corte tan irregular conducta, y aumentaron sus recelos las comunicaciones que recibia de sus agentes en Francia, Izquierdo y Mazerano, las noticias del mal porte de los invasores con los pueblos, y los artículos del periódico oficial de Francia, el *Moniteur*. Los primeros avisaban haber notado desde algun tiempo cierta reserva y despreciativa indiferencia para con ellos en la corte de Saint-Cloud; que sus reclamaciones acerca del relevo de Beauharnais eran oidas con desden, y que más de una vez habia censurado el mismo Napoleon con dureza la administracion de Godoy. El *Moniteur* en su número del 24 de Enero insertaba varias exposiciones de dos ministros de la Francia, en las cuales se veian estos sospechosos indicios: que los ingleses, arrojados del Portugal, meditaban expediciones contra Cádiz, y el emperador fijaba su atencion sobre la Península, y que se pedia al Senado, á principios todavía del año, la conscripcion de 1809.

Con estos justos motivos de recelo para la corte de Madrid coincidieron otros más graves, si bien no tan directos, que la llenaron de terror. Junot declaró á los portugueses el 1.º de Febrero «que la casa de Braganza habia cesado de reinar, y que el emperador Napoleon, habiendo tomado bajo su proteccion el hermoso país de Portugal, queria que fuese administrado y gobernado *en su totalidad á nombre suyo* y por el general en jefe de su ejército.» En su consecuencia, abolió éste la junta elegida por el ex-regente antes de partir, y nombró otra de que se hizo presidente, la cual principió á ejercer sus funciones aquel mismo dia, publicando un decreto de Napoleon expedido en Milan el 25 de Diciembre, por el que se imponía á la infeliz nacion portuguesa, que estaba sufriendo en silencio el yugo del conquistador, una contribucion extraordinaria de guerra de cien millones de francos, insoportable para reino tan reducido, y cegada como estaba la fuente de su riqueza, que era el comercio con los ingleses. Al





mismo tiempo se decretaba el secuestro de todos los bienes de la corona portuguesa y de los particulares que habian seguido al regente en su emigracion.

¿Qué se habia hecho el tratado de Fontainebleau? ¿qué era de la Luisitania Septentrional que debia servir de compensacion al destronado rey de Etruria? ¿qué de la administracion en comun por los generales franceses y españoles? ¿qué, por último, de la nueva corona de los Algarbes que debia ornar la cabeza del príncipe de la Paz? Doloroso debió ser para éste reconocer burlado que todo habia sido falsedad, todo doblez, todo perfidia.

Ni él ni Carlos IV pudieron ya dudar que la ambicion de Napoleon sobre la Península no se contendria en los estrechos linderos de Portugal; pero no acertando tal vez á crear tamañas felonías contra quienes tan leales habian sido en su amistad, retuvieron un resto de esperanza y de sosiego, pues que no tomaron precaucion alguna. La nacion, ignorando las estipulaciones de Fontainebleau, no podia conocer los peligros de que estaba amenazada, y para mayor fatalidad hasta veia con cierto placer la entrada de los ejércitos franceses, siendo muchos los que creian que venian á arrojar del poder al valido y apoyar la elevacion del objeto de sus esperanzas, su *deseado* Fernando. ¡La fatalidad, ese ciego poder que tantas veces parece presidir los destinos de España, los ofuscaba á todos, á la víctima y al verdugo!

Llegamos ya al dia en que el gran Napoleon, dueño de Portugal, nos haga conocer los medios que habia ideado para alcanzar la sumision de este pueblo cuyo valor conocia.

Por los desfiladeros del famoso Roncesvalles penetró en los primeros dias de Febrero el general d'Amargnac, con tres batallones que se presentaron al frente de Pamplona pidiendo alojamiento. Aunque inesperada su venida, no creyó el marqués de Vallesantoro, virey á la sazón, que debia negárselo á gente amiga, y los huéspedes entraron como tal en el recinto. Ya dentro de la ciudad, pidió d'Amargnac que se le permitiese meter en la ciudadela dos de sus batallones, que eran suizos, por inspirarle poca confianza su fidelidad y disciplina, y co-

mo lo rehusase el virey sin orden de su gobierno, buscó por una innoble stratagemata lo que por medio tan solapado se proponia lograr. Para esto le favorecia el descuido con que se custodiaba la plaza, hasta el punto que los soldados franceses entrasen todos los dias en la ciudadela á tomar sus raciones. De propósito se habia él hecho hospedar en casa del marqués de Velloso, por dar frente á la puerta principal de la fortaleza. En la noche del 15 al 16 hizo entrar uno á uno en su alojamiento cierto número de granaderos escogidos, y á la mañana siguiente puso en ejecucion su villano ardid. Habia nevado, y fingiendo esperar á su jefe los soldados que acudian diariamente á la ciudadela por raciones, se pusieron á jugar con pelotas de nieve, atrayendo á disfrutar con la vista de su diversion desde la muralla á los soldados españoles. Colocáronse entonces algunos de ellos sobre el puente levadizo, y á una señal convenida se arrojaron todos sobre los centinelas y sobre el armero, dejando á los españoles en la imposibilidad de evitar ó vengar la traicion. Los granaderos ocultos en casa d'Armagnac se precipitaron al punto dentro de la ciudadela, y tras ellos fué el resto de los huéspedes. Con tanto disimulo y rapidez se ejecutó todo esto que al recibir el imprudente virey la primera noticia y enviar un emisario, halló toda la muralla de la fortaleza guarnecida ya por el enemigo. Sin embargo, el militar que acababa de consumir una villanía que manchaba para siempre su uniforme de general y la bandera del emperador, escribió en seguida al general español disculpándose con la necesidad de atender á la rigidez de la disciplina de su gente, y añadiendo con insultante escarnio que aquello no debia alterar la buena amistad de las dos naciones.

En el otro extremo de los Pirineos se estaba cometiendo otra felonía semejante. Se habian reunido por aquella parte en Francia tropas italianas y francesas en número de once mil infantes y mil setecientos caballos, á cuyo frente fué á ponerse en Perpiñan el general Duhesme. Entraron por la Junquera en España, y pretextando dirigirse á Valencia, tomaron el camino de Barcelona. Era entonces capitán general



el conde de Ezpeleta, quien, así como tuvo noticia de la entrada de esta expedicion, que no podia ya tener el pretexto de Portugal, escribió á Duhesme intimándole la suspension de la marcha mientras no recibiese las instrucciones que con la misma fecha pedia á Madrid. El francés no hizo caso de la amonestacion, y contestó de palabra que estaba resuelto á ejecutar las órdenes del emperador y que sobre quien se lo impidiere recaeria la responsabilidad de lo que pudiera acontecer. Dudoso y atemorizado Ezpeleta con esta amenaza, propuso el caso á un consejo, y éste fué de parecer que se permitiese á los franceses la entrada en Barcelona. Una vez dentro de sus muros (13 de Febrero) pidió Duhesme, como prueba de que no se habia alterado la buena armonía de ambos ejércitos, que se le concediese el compartir con nuestros soldados la guarnicion de la plaza, y tambien se accedió con culpable ligereza, puesto que decian ir de paso para Valencia. El resultado fué que ya no se contentó el huésped con poner un número igual al de nuestros soldados en las puertas, sino que en la principal de la ciudadela, donde no habia más que veinte españoles, puso él una compañía completa de granaderos. Cuando esto hubo observado el débil Ezpeleta, pesábale de haber otorgado su permiso, y trató de prevenirse advirtiendo á Duhesme la desigualdad y rogándole que la hiciese desaparecer. Bien lejos de eso, lo que meditaba éste era consumir la realizacion de su proyecto de ocupacion total de la ciudadela y de Monjuich antes de que estallase el sordo mugir que empezaba á notarse en la poblacion.

Esparcida la voz de que iban á proseguir su viaje á Cádiz, marcha que hacia probable la llegada de un correo de Paris, el dia 28 formó Duhesme sus tropas en la esplanada de la ciudadela como en acto de revista, destacando algunos batallones en distintas direcciones con objeto de apartar la atencion del objeto que se proponia y de prepararse á cualquier accidente que lo desgraciase. Hechas algunas formalidades propias del acto que fingian, el general italiano Lecchi, acompañado de un numeroso estado mayor, se dirigió á la puerta principal

de la ciudadela como para dar alguna orden al oficial de guardia. Llegados al puente levadizo, esperó que avanzasen unos vélites de su país que habia situado á la sombra del relleno de la entrada, y en aquel momento se echaron sobre el centinela, cuyas voces ahogaron con un redoble de tambores, entraron en el recinto y auxiliados por la compañía que formaba parte de la guarnicion, se arrojaron sobre los veinte soldados españoles, que no pudieron resistir á tan desproporcionado número. Cuatro batallones entraron entonces á posesionarse de la fortaleza. Los dos de guardias españolas y walongas que constituian su guarnicion se hallaban entretanto, por una criminal negligencia, esparcidos por la ciudad, ignorando hasta su regreso lo que habia pasado. Al principio se les negó la entrada, y aunque despues de tomar muchas precauciones se les permitió la actitud sobre las armas en que permanecieron toda la noche fué causa de que se les mandase salir de la plaza y acuartelarse fuera. El pundonoroso comandante español Santilly, creyéndose por aquella arteria deshonrado, se presentó á Lecchi como su prisionero; pero éste le recibió con dilaciones de obsequio y por vía de satisfaccion, le recordó, como d'Amagnac, que Francia y España estaban ligadas por una cordial amistad.

Monjuich no pudo ser víctima de la misma perfidia por su posicion despejada, y lo fué de la flaqueza de Ezpeleta. A la hora en que parte de su guarnicion solia hallarse en la ciudad, se presentó á sus puertas pidiendo que se le franqueasen un destacamento francés alegando órdenes de Duhesme. Mandaba allí el esforzado corazon que luego ilustró su nombre en Girona, el inmortal Alvarez, quien así que vió subir á los franceses, hizo levantar el puente levadizo y contestó negativamente á todas las amonestaciones y amenazas. Advertido el general francés, acudió al mismo Ezpeleta alegando tener órdenes del emperador para ejecutar la ocupacion á viva fuerza si de grado no se le permitia, y amedrentado éste ó de acuerdo con los fernandistas, le dió la orden de entrega que pedia. Alvarez dudó todavia, pero la disciplina le mandaba acatar la firma de su ge-